

**“TEMO A LOS TROYANOS”:
RUMORES Y HABLADURÍAS EN
LA ROMA TARDORREPUBLICANA**

Cristina Rosillo López
Universidad Pablo de Olavide

La política es un elemento mutable por naturaleza. Como una reacción química, se altera al contacto con las noticias y con las habladurías o los rumores. Los políticos romanos contaban con este elemento y reconocían la fuerza de un rumor que, cual viento en un barco de vela, podía alterar el rumbo del Estado: “Un día que se pase, una noche que se interponga, lo trastorna todo a menudo; y el leve soplo de un rumor algunas veces cambia radicalmente las opiniones¹”. No sólo vamos a analizar cómo los rumores y las habladurías constituían una parte, indudablemente, dentro de la vida política romana, sin también cómo funcionaban: es decir, cómo se desplazaban, cómo se efectuaba su propagación, sus tipos y cómo alteraban la vida política, individual y colectiva. Este artículo pretende proponer dos hipótesis: en primer lugar, que la extensión y la movilidad de los rumores permiten calibrar el grado de interés de las ciudades italianas y las provincias en la política romana; en segundo lugar, que las habladurías conformaban un importante aparato de control del individuo dentro de la política romana, como nos mostrará el caso de Cicerón durante la guerra civil. Ambas corresponden, como veremos, a las dos razones de ser de las habladurías según la antropología.

¹ Cic., Mur. 35: “Dies intermissus aut nox interposita saepe perturbat omnia, et totam opinionem parva non numquam commutat aura rumoris”. Traducción: Manuel Marín Peña.

Antes de todo, debemos estudiar las posibles diferencias etimológicas de los términos empleados para definir el rumor y las habladurías. En su discurso a favor de Murena, Cicerón intentó demostrar a Sulpicio Rufo, el acusador, que las ventajas de las que éste había dispuesto en las elecciones, como la antigüedad y el renombre de su familia, no habían sido efectivas. Murena, su defendido, disponía de dos cartas claves: una, la presencia en Roma del ejército de Lúculo, en el que Murena había servido, en el momento de las elecciones. La segunda, “la expectación de unos juegos, la cual, merced a algún que otro rumor y a la parcialidad y a las habladurías de sus competidores, había ido creciendo²”. En este texto vemos que Cicerón emplea los términos *rumor* y *sermo* para explicar la *expectatio muneris*, la expectación de los juegos que Murena iba a organizar. ¿Se trata simplemente de sinónimos, que evitan la repetición del mismo término?

Sermo es empleado por la mayoría de las fuentes como un sinónimo de *rumor*³. El anticuario Varrón, en su obra filológica, deriva *sermo* de *series*, sucesión, y lo iguala a la conversación, ya que: “*sermo* (la conversación) no puede existir cuando sólo hay una persona, sino cuando su discurso/habla (*oratio*) se une al de otro⁴”. *Sermo* como sinónimo de conversación fue empleado por autores latinos cristianos como Tertuliano⁵. Así tradujeron los primeros padres de la Iglesia el *logos* griego con el que comienza el evangelio de San Juan: “en el principio fue el *sermo*⁶”. Frente a la traducción *verbum* de la *Vulgata*, siguiendo una traducción reconocida desde Agustín, Erasmo de Rotterdam defendió *sermo* basándose en argumentos filológicos y patristicos⁷.

La expresión *sermo populi* sólo se refleja seis veces en la literatura latina: cuatro de ellas por Cicerón (en tres discursos y una carta a Ático⁸), una por

² Cic., Mur. 37: “*expectatio muneris quae et rumore non nullo et studiis sermonibusque competitorum creverat*”. Traducción: Manuel Marín Peña.

³ Cf. OLD. s.v. *sermo*, *rumor*; M. O'Rourke Boyle, “*Sermo*: Reopening the Conversation on Translating JN 1,1”, *Vigiliae Christianae* 31, 3, 1977, 164 y n. 26, con referencias muy completas a los principales diccionarios latinos.

⁴ Varr., *De ling. lat.* VI, 64: “*sermo enim non potest in uno homine esse solo, sed ubi oratio cum altero coniuncta*”. Traducción: Luis Alfonso Hernández Miguel.

⁵ E.g. Tert., *Ad Her.* XX, 4.

⁶ Ev. de San Juan I, 1.

⁷ O'Rourke Boyle, op. cit., 161-65.

⁸ Cic., *Dom.* 9; *II Verr.* I, 129; *Flacc.* 82; *Att.* II, 5, 2.

Tácito y otra por Plinio el joven⁹. Expresiones como *sermo hominum* eran más usuales; Cicerón, por ejemplo, la emplea corrientemente en discursos, cartas u obras retóricas o filosóficas¹⁰. *Rumor populi*, otra expresión de consonancias similares, aparece ya en las obras de Enio, Plauto y Terencio¹¹; sin embargo, en adelante sólo se encuentran otras tres referencias más en la literatura latina de época clásica, y dos de ellas pertenecen a obras retóricas (*Retórica a Herenio* y una declamación de Quintiliano¹²). Podemos concluir que *rumor* y *sermo* son palabras de significado muy similar en latín. El rumor, en cierto modo, se basa en la conversación entre personas.

Las habladurías no formaron parte inicialmente del área de intereses de los historiadores o de los sociólogos, y fueron los antropólogos los pioneros en su estudio. La razón principal para que incluso hoy en día continúe siendo un fenómeno poco analizado son las connotaciones negativas y nefastas a las que está asociado. En una buena parte de los artículos que lo tratan, los autores acaban por manifestar claramente que no están defendiendo la práctica de las habladurías, sino sólo analizándolas. M. Gluckman publicó en 1963 un innovador artículo en el que, con humor, establecía varios principios fundamentales para su estudio, que nos serán de utilidad a la hora de analizar los rumores y las habladurías en la época republicana. En primer lugar, manifestó que las habladurías (*gossip*) no deben ser descalificadas como cháchara o conversaciones vanas, sino que son parte constituyente del orden moral de las comunidades. De hecho, afirma, los antropólogos las analizan para observar las conexiones entre el mantenimiento de la unidad de los grupos y su moralidad¹³. Frente a su tradicional imagen negativa, sostienen que las habladurías, e incluso los escándalos, poseen virtudes importantes, como la de mantener la unidad, la moral y los valores de grupos sociales; permiten controlar la competencia y la rivalidad de individuos que aspiran a un status

⁹ Tac., Hist. II, 96, 2; Plin. Ep. I, 22, 5

¹⁰ E.g. Cic., II Verr. I, 129; III, 49; IV, 13; Cat. I, 23; Phil. XI, 23; Cluent. 85; Rab. 2; Balb. 56; Mur. 16; Cael. 69; Sull. 59; De orat. II, 105; De orat. III, 32; De rep. VI, 20; Parad. Stoic. VI, 43; Att. IX, 19, 4; Att. XI, 12, 1; Fam. III, 8, 1; XV, 14, 4; QF. I, 1, 39; I, 2, 1; III 2, 2.

¹¹ Enn., Ann. VII, 254; Plaut., Cas. 11; Ter., Ph. 911.

¹² Rhet. Her. IV, 41; Tac., Ann. XIV, 29, 2; Quint., Declamat. Maio. XVIII, 3.

¹³ M. Gluckman, "Papers in Honor of Melville J. Herskovits: Gossip and Scandal", Current Anthropology 4, 3, 1963, 308.

político más importante y a mayor prestigio¹⁴. Esta idea resulta fundamental para comprender el valor de las habladurías en el mundo republicano romano: en cierto modo, éstas ayudan a imponer un orden social y moral, por medio de la crítica de los dirigentes y, especialmente, de aquellos miembros que han sobrepasado los límites morales que esa misma sociedad impone. Por medio de esa crítica, el resto de la comunidad controla a la élite.

Poco después, R. Paine demostró que las habladurías representan además una importante forma de comunicación¹⁵. Al contrario que Gluckman, Paine considera que las habladurías están más centradas en torno al individuo y a sus propios intereses que en torno a la comunidad¹⁶. La persona que distribuye información por medio de las habladurías (o, en el caso romano, también por medio de los rumores) selecciona los canales de información, enviando información que él desea que otra gente posea para mejorar su propia situación¹⁷.

En un artículo sobre el papel que jugó el rumor durante la represión de las Bacanales en Roma, A. Dubourdieu y E. Lemirre establecen la siguiente diferencia entre rumor y habladurías: estas últimas poseen un ámbito de difusión más limitada, mientras que el rumor se difunde a una escala mayor, ya que presenta elementos que interesan a todo el grupo¹⁸. En este trabajo nos acogemos a esta distinción.

LOS RUMORES Y LAS HABLADURÍAS

Los rumores no se limitaban a ser un elemento anecdótico de la cultura política romana. Como veremos, constituían un factor que ejercía una crítica contra la clase dirigente de forma externa por el pueblo y de forma interna por los mismos miembros de la élite política. Los rumores se erigían claramente como un medio de control dentro de la clase política.

¹⁴ Gluckman, *op. cit.*, 308; 313.

¹⁵ R. Paine, "What is Gossip About? An Alternative Hypothesis", *Man*, New Series, 2, 2, 1967, 278.

¹⁶ Paine, *op. cit.*, 279-82.

¹⁷ Paine, *op. cit.*, 282-83.

¹⁸ A. Dubourdieu, E. Lemirre, "La rumeur dans l'affaire des Bacchanales", *Latomus* 56, 1997, 294-295.

Las fuentes antiguas nos presentan rumores de toda clase, principalmente preservados por el interés que podían presentar para el receptor de la información. Al haber sido mayormente transmitidos en cartas dirigidas a miembros de la élite gobernante, estos rumores tratan casi de manera unánime la situación política en Roma y los casos judiciales con carácter político. Los rumores de carácter económico por ejemplo están en franca minoría. En esta categoría es interesante reseñar el caso de Celio: el joven político recibió el encargo por parte de Cicerón de mantenerle informado sobre las nuevas de Roma durante la estancia de éste en Cilicia. Celio envió misivas repletas de noticias no sólo políticas, sino también sociales (como el divorcio de una matrona romana), incluyendo numerosos rumores¹⁹.

El impacto de los rumores en la esfera política es indudable. En 49 a.C., los rumores de que César avanzaba hacia Roma con su ejército provocaron que el cónsul Marcelo encargara a Pompeyo el mando de las tropas de Italia y la protección del Estado²⁰. Esta dependencia de los rumores resulta lógica en una sociedad preindustrial, en la que los medios de comunicación y los medios de transporte eran relativamente lentos²¹.

Incluso dentro de la misma ciudad de Roma, un espacio más reducido, los rumores podían provocar opiniones contradictorias sobre el mismo hecho y, en ciertas ocasiones, pánico. Cuando en 133 a.C. Tiberio Graco depuso de su cargo al tribuno Octavio, el Senado se reunió para decidir el curso a tomar frente a lo que muchos consideraban una provocación. Esta situación, que acabaría con la muerte de Tiberio Graco y de numerosos seguidores, suscitó entretanto momentos de caos, alimentados por los rumores, que Apiano relata: "Hubo carreras y huida desordenada por parte de muchos, así como rumo-

¹⁹ Cic., Fam. VIII.

²⁰ DC., XLI, 6, 5-6.

²¹ Sobre el transporte en Roma y en el mundo antiguo, cf. C.A. Yeo, "Land and Sea Transportation in Imperial Italy", *Transactions of the American Philological Association* 1946, 221-44, sobre el transporte marítimo; F. Meijer, O. van Nijf, *Trade, Transport and Society in the Ancient World. A Sourcebook*, London 1992; R. Laurence, "Land transport in Roman Italy: costs, practice and the economy", H. Parkins, C. Smith, C. (eds) *Trade, Traders and the Ancient City*, London 1998, 129ss. N. Morley, *Metropolis and Hinterland. The city of Rome and the Italian economy, 200 BC - AD 200*, Cambridge 1996, 65 ha establecido la ratio para los costes del transporte. Sería 1 (mar) : 5 (río) : 25 (tierra). Esta ratio es relativa ya que otros factores, como el volumen, tienen también influencia sobre los costes finales.

res infundados de los que afirmaban, por un lado, que Graco había depuesto de su cargo también a los demás tribunos - pues, como no se les veía, se hacían estas conjeturas - y de aquellos que decían, por otro lado, que él se había designado a sí mismo sin votación como tribuno para el año próximo²². La información imperfecta procedente de los rumores no permitía aclarar la situación política²³.

El mismo Cicerón criticaba la dependencia de los rumores, una actitud común en los políticos romanos de época republicana. Sin embargo, esta reprobación se dirigía a la estructura social de la clase política romana: organizada como un grupo reducido, era controlada interiormente (por sus pares) y exteriormente (por el pueblo romano) a través de estos mismos rumores y habladurías. En el juicio contra Sestio, manifestó: “A aquél que está pendiente de las cuestiones más insignificantes, que depende de los rumores y se deja llevar por ellos y (como ellos mismos dicen) por el favor popular, un aplauso le parece que significa necesariamente la inmortalidad; un abucheo, la muerte²⁴”. A pesar de estas críticas, la élite romana, como grupo dirigente, no podía obviar los rumores, a riesgo de verse sobrepasada por la situación. En varios ejemplos de casos similares, se observa cómo los rumores modelaban la actuación política tanto a nivel individual como a nivel colectivo de grupo político.

Tras su consulado, Cicerón decidió renunciar a su gobierno en la provincia de Macedonia y traspasarlo a su colega. Las malas lenguas rumoreaban que las cláusulas de este pacto incluían un reparto de beneficios entre Antonio y Cicerón, rumor probablemente alimentado por las noticias de las depredaciones que el primero estaba efectuando en la provincia²⁵. La falsedad de estas acusaciones no resulta tan clara, ya que en una carta a Ático fechada

²² App., BC. I, 15.

²³ El concepto de “información imperfecta” procede de la teoría de juegos y ha sido aplicado recientemente a la economía. Se refiere a una situación caracterizada por la falta de información con respecto a datos relevantes. Un concepto análogo es el de “información asimétrica”, que tiene lugar cuando una parte sabe más que la otra. Cf. R. Gibbons, *Un primer curso de teoría de juegos*, Barcelona 1997; D. Fudenberg, *Game theory*, Cambridge, MA 1998.

²⁴ Cic., Sest. 115: “ei vero qui pendet rebus levissimis, qui rumore et, ut ipsi loquuntur, favore populi tenetur et ducitur, plausum immortalitatem, sibilum mortem videri necesse est”. Traducción: José Miguel Baños Baños.

²⁵ Cic., Att. I, 12, 1

en esa época Cicerón se queja de la lentitud de un tal Teucris y de que debido a eso, tendrá que recurrir a Considio, Axio o Selicio, tres conocidos prestamistas²⁶. Es posible que Teucris fuera un apodo de Antonio o de un intermediario entre Antonio y Cicerón, tal vez Publio Sestio²⁷. Previendo que sería acusado a su vuelta a Roma, Antonio solicitó a su antiguo colega que le defendiera. Sin embargo, los rumores que habían implicado al orador en el pillaje en Macedonia impedían a éste cumplir su ruego: “El asunto es de tal naturaleza que ni la opinión de los *boni* ni la opinión popular me permiten defenderle de manera honesta, y tampoco quiero, lo que es la razón principal²⁸”. Los rumores se habían convertido en opinión (*existimatio*²⁹), más extendida y más firme, y Cicerón, sometido a ésta, no podía y tampoco lo deseaba, para no empeorar su imagen. Este caso es un ejemplo claro del uso de los rumores y de las habladurías como un medio de conservar la moral del grupo: aunque una buena parte de los senadores romanos volvía de sus gobiernos provinciales con las sacas llenas, ese comportamiento generalizado no era aprobado moralmente³⁰. Además el acuerdo entre Cicerón y Antonio para repartirse los beneficios fue reprobado por sus pares, lo que incitó a Cicerón a no defender a su colega y a separarse de él. Los rumores y las habladurías controlaban y censuraban las acciones de los miembros de la aristocracia política.

La influencia de los rumores en la actuación política de un grupo se refleja en el nombramiento de Pompeyo como cónsul sin colega en 52 a.C. tras los disturbios que siguieron al asesinato de Clodio por Milón. Asconio nos recuerda que: “En medio de estos acontecimientos, como fuera cobrando fuerza el rumor de que lo más conveniente era nombrar dictador a Gneo Pompeyo y que no habría otra forma de poder solucionar los males de la ciudad, a los *optimates* les pareció más seguro nombrarlo cónsul sin cole-

²⁶ Cic., Att. I, 12, 1-2.

²⁷ Cf. D.R. Shackleton-Bailey, *Cicero's Letters to Atticus*, vol. I, Cambridge 1965, 297.

²⁸ Cic., Att. I, 12, 1: “res eius modi est ut ego nec per bonorum nec per popularem existimationem honeste possim hominem defendere, nec mihi libeat, quod vel maximum est”.

²⁹ Cf. Z. Yavetz, “Existimatio, Fama and the Ides of March”, *Harvard Studies in Classical Philology* 78, 1974, 37-38 para la definición y significados de existimatio.

³⁰ Cf. C. Rosillo López, *La corruption à la fin de la République romaine (II^e-I^{er} s. av. J.-C.): aspects politiques et financiers* (Tesis doctoral, Neuchâtel, 2005).

ga³¹". Este texto manifiesta el papel de los rumores en el funcionamiento de la política romana. No sabemos en qué grupo tuvo el rumor su origen: Pompeyo era una figura popular para el pueblo, y podría ser que el rumor proviniera de allí. Ya en el 57 a.C. el pueblo (e incluso los *boni*) reclamaban que se pusiera a cargo de la *annona* para solucionar la carestía de grano³². Los propios *optimates* podían haber expandido el rumor para obligar al resto del Senado a tomar una decisión al respecto. La posibilidad de nombrar dictador a Pompeyo iba creciendo y los *optimates*, los elementos más conservadores del Senado, decidieron crear un cargo similar (*consul sine collega*, aunque posteriormente Pompeyo cooptará un colega) sin las connotaciones negativas de la dictadura para los sectores *populares* de la clase política, que tenían a Sila en mente.

La presión del pueblo romano sobre un político a través de las habladurías no era desdeñable. En el 63 a.C, en cuanto Cicerón tuvo las pruebas que él consideró suficientes para acusar a Catilina (un supuesto plan para asesinarle a él mismo), se dirigió el ocho de noviembre al Senado con el objetivo aparente de que Catilina abandonara la ciudad³³. De manera muy mañosa, Cicerón interpretó el silencio de los senadores con respecto a las acusaciones contra el supuesto conspirador como una prueba de que no iban a defenderlo, de que tácitamente lo estaban acusando ellos también³⁴. De todas maneras, Cicerón no le acusó de ser un enemigo público, sino que asumió esto mismo y lo atacó según esa premisa³⁵. El cónsul consiguió aparentemente su objeti-

³¹ Asc., Mil. 14: "Inter haec cum crebresceret rumor Cn. <Pompeium> creari dictatorem oportere neque aliter mala civitatis sedari posse, visum est optimatibus tutius esse eum consulem sine collega creari". Traducción José Miguel Baños Baños.

³² Cic., Att. IV, 1, 6.

³³ Este objetivo ha sido objeto de largas discusiones por historiadores y filólogos, ya que no parece absolutamente seguro que ése fuera el propósito que Cicerón tenía en mente (no estaba seguro de la presencia en el Senado de Catilina). Cf. W. Batstone, "Cicero's Construction of Consular Ethos in the First Catilinarian", TAPA 124, 1994, 211-16. Discusión sobre si el discurso tuvo lugar el día siete o el ocho en Batstone, op. cit., 223-24. Cf. E. Hardy, "The Catilinarian Conspiracy in Its Context: A Re-Study of the Evidence", JRS 7, 1917, 185-218, que revisa en profundidad la conspiración de Catilina.

³⁴ Cic., Cat. I, 21.

³⁵ Cic., Cat. I, 1. Cf. Batstone, op. cit., 215.

vo: Catilina abandonó la ciudad³⁶, pero varios de sus partidarios se quedaron en la ciudad de Roma, entre ellos Publio Cornelio Léntulo Sura y Gayo Cornelio Cetego. Extraños rumores empezaron a circular entre la gente sobre el destino que había escogido Catilina: Cicerón afirmaba que se había reunido con sus tropas, pero se comentaba en Roma que había tenido que exiliarse en Marsella, lo que implicaría que no existía tal conjura, ya que éste no era el destino que un exiliado que quisiera volver al poder escogería³⁷.

Debemos además poner de relieve que no hay constancia de que Cicerón se dirigiera al pueblo el mismo ocho de noviembre, con lo que esos rumores y habladurías debían tomar como base los relatos orales de los senadores que asistieron a la reunión. Crecieron tanto que al día siguiente, el 9 de noviembre, Cicerón se vio obligado a pronunciar un discurso frente al pueblo para tranquilizarlo. El segundo objetivo del discurso era, precisamente, rebatir los rumores de que Catilina había tenido que partir al exilio en Marsella a causa de una intriga política en su contra y sin haber sido sometido a juicio. Estas habladurías fueron posiblemente distribuidas a los canales adecuados por los partidarios de Catilina. El mismo Cicerón era consciente de que esto era factible: enfrentándose a él en el Senado, en el primer discurso, el cónsul le anima a partir con las siguientes irónicas palabras: “Si quieres encender el odio (*invidia*) contra mí - tu enemigo, como proclamas -, parte por el camino derecho al destierro. Si haces eso, apenas podré soportar los comentarios de la gente (*sermones hominum*); si, por mandato del cónsul, te vas al destierro, difícilmente aguantaré el peso de esa impopularidad (*invidia*³⁸)”. Los *sermones hominum*, las habladurías de la gente habían circulado rápidamente por Roma, en un solo día, y habían obligado al cónsul a justificar sus acciones frente al pueblo.

* *

³⁶ Es asimismo discutible si Catilina abandonó la ciudad obligado por ese discurso frente al Senado (Seager) o si lo hizo según sus propios planes (Gruen; referencias en Batstone, op. cit., 215).

³⁷ G.P. Kelly, *A History of Exile in the Roman Republic*, Cambridge 2006, 109.

³⁸ Cic., *Cat. I*, 23: “si mihi inimico, ut praedicas, tuo conflare vis invidiam, recta perge in exsilium; vix feram sermones hominum, si id feceris, vix molem istius invidiae, si in exsilium iussu consulis ieris, sustinebo”. Traducción: Francisco Campos Rodríguez.

Los rumores podían expandirse dentro de la urbe y fuera de ella. Roma, al ser el centro político, era un hervidero de rumores. Una carta de Celio nos informa sobre los métodos de propagación de éstos, en este caso desde la élite hacia círculos progresivamente más amplios. Se trata de un rumor sobre las intenciones de César en el 51 a.C., en el momento que se perfila el dilema político que llevará a la guerra civil. Celio menciona que los rumores se van expandiendo en pequeños círculos “que tú conoces”. Sin embargo, los rumores pronto serán divulgados al resto de los ciudadanos ya que Domicio “se pone las manos alrededor de la boca³⁹” (a modo de trompeta); este último detalle muestra una filtración de rumor desde los círculos del poder a círculos cada vez más amplios, como una mancha de aceite. Esta carta nos ha transmitido también un término que Celio emplea: *susurratores*, un hápax en la literatura latina, conectado también con la transmisión de rumores⁴⁰.

No todos los rumores quedaban circunscritos a la ciudad de Roma. El estudio de su alcance geográfico puede llevarnos a plantearnos incluso la pregunta siguiente: ¿se interesaban los habitantes de fuera de Roma por los rumores que llegaban de la capital? Una respuesta afirmativa daría muestra del interés de las provincias (o de Italia) por la política romana.

En primer lugar hay que señalar que los rumores viajaban a pie, en carro o a caballo (en el caso italiano), o tal vez en barco (en el caso de las provincias que bordeaban el Mediterráneo). Las fechas de varias cartas de Cicerón y otras referencias internas han permitido a los especialistas determinar la velocidad con las que las cartas eran transportadas: esta velocidad dependía también de la fiabilidad del portador de las mismas y de los medios que tuviera a su disposición. Durante la guerra civil, una carta de Formio (donde se encontraba la villa de Cicerón) a Roma podía llegar en cuarenta y ocho

³⁹ Cic., Fam. VIII, 1, 4 : “sed inter paucos, quos tu nosti, palam secreto narrantur; at Domitius, cum manus ad os apposuit”.

⁴⁰ Cic., Fam. VIII, 1, 4; F. Pina Polo, *Contra arma verbis*. El orador ante el pueblo en la Roma tardorrepública, Zaragoza 1997, 130-31 propone que estos susurratores o subrostrani pueden ser los “intermediate leaders” que ha estudiado P.J.J. Vanderbroeck, *Popular leadership and collective behavior in the Late Roman Republic* (ca. 80 - 50 BC), Amsterdam 1987, 52ss, es decir, gente con influencia sobre el pueblo, normalmente apparitores, duces profesionales, libertos o hijos de libertos y miembros de claques. Z. Yavetz, *César et son image. Des limites du charisme en politique*, Paris 1990, 251 afirma que los subrostrani transmitían las noticias por todo Roma.

horas, aunque otras cartas tardaban tres días o más⁴¹. En casos excepcionales, las distancias podían ser recortadas: en 80 a. C., Cicerón defendió a Sexto Roscio, acusado de parricidio. Cuando el orador relata dramáticamente la noche del asesinato, que él atribuye a unos familiares del finado, afirma que, tras la muerte, un mensajero viajó de Roma a Ameria para transmitir la noticia, recorriendo cincuenta y seis millas en diez horas, cambiando de *cisium*, un carruaje ligero de dos ruedas⁴².

Los rumores viajaban comúnmente de boca a oreja, un medio mucho más lento pero que permitía su expansión en un territorio amplio. Teniendo en cuenta la ausencia de un servicio postal público, las personas que no eran miembros de la élite debían confiar en alguien que hiciera el camino para enviar un mensaje a otras personas. Los flujos de población rural a Roma podían ser regulares, como los ocasionados por los mercados: las *nundinae*, por ejemplo, eran mercados que tenían lugar en la ciudad cada ocho días, conectando la ciudad con el campo, ya que los productores en las cercanías de Roma acudían allí con sus productos y diseminaban las noticias en ambos sentidos⁴³. Ocasiones menos frecuentes, como los censos, atraían un gran número de gente: el evangelio de Lucas alude al movimiento de población que conllevó el nacimiento de Jesús en Belén en lugar de Nazaret, donde vivía su padre, debido al censo decretado por Augusto⁴⁴. Finalmente, grandes eventos políticos podían ejercer un efecto de imán: los suntuosos funerales organizados por los dos hijos del general Emilio Paulo atrajeron a un gran número de gente, dispuesta no sólo a honrar al muerto sino también a asistir a los espectáculos, entre los que se incluían dos obras de Terencio (*Hecyra* y *Adelphoe*⁴⁵).

Los rumores eran un componente de las cartas que intercambiaba la élite romana. En sus cartas a Ático y a Celio, Cicerón pide insistentemente que se le narren los rumores que corren por Roma, como manera de medir las aguas

⁴¹ Cf. Budé, *Correspondance* V, p. 20; esto permite datar la carta Cic., Att. VII, 7. E.g. Att. VIII, 14, 2 (tres días).

⁴² Cic., Sex. Rosc. Amer. 19.

⁴³ Sobre estos mercados periódicos cf. L. De Ligt, *Fairs and Markets in the Roman Empire. Economic and Social Aspects of Periodic Trade in a Pre - Industrial Society*, Amsterdam 1993, 51ss ; 78-88 ; 128-29; Morley, op. cit.

⁴⁴ Ev. Luc. II, 1-4.

⁴⁵ Diod., XXXI, 25 ; Ter., Hec. 33-36 ; Pol., XXXI, 28, 5-6.

políticas⁴⁶. En la carta en la que Cicerón describe a Ático su vuelta a Roma en 57 a.C. después de su exilio, se mencionan los tres medios por los que Ático podía haberse ya enterado de lo que estaba pasando: las cartas de sus amigos (*scripta esse a tuis arbitror*), los mensajeros (*nuntii*) o los rumores (*rumor*⁴⁷). Hay que resaltar que Cicerón mencione de forma separada las cartas y los rumores, lo que implica que éstos no siempre viajaban por medio epistolar. En último lugar, hay que señalar que las cartas podían perderse o incluso ser abiertas por terceros: así, algunas noticias o rumores no llegan a ponerse por escrito. En situaciones extremas, Cicerón llega incluso a enviar mensajeros seguros y de confianza para que vuelvan con la respuesta: éste fue el caso de su correspondencia con Pompeyo en los inicios de la guerra civil a propósito de su apoyo a la causa pompeyana, donde llegó a enviar a su liberto de confianza, M. Tulio⁴⁸. En otros momentos llegó incluso a escribir en griego las palabras más comprometedoras⁴⁹.

Los rumores pueden ser localizados geográficamente. Excluyendo Roma, las cartas de Cicerón mencionan mayoritariamente en conexión con los rumores la bahía de Nápoles, especialmente Puteoli y las ciudades de Nápoles y Cumas. En primer lugar, el puerto de Puteoli era más propenso a recibir noticias por vía marítima, más rápida. Durante el juicio contra Rabirio Póstumo, Cicerón admitía que el rumor de que su defendido no había vuelto con las manos vacías de Egipto provenía precisamente de Puteoli. Los barcos de Rabirio Póstumo habían atracado en ese puerto y el pueblo romano conocía incluso el contenido de la carga, compuesta de productos típicamente egipcios, como papel, lino y vidrio. Cicerón atribuye estos rumores a personas que detestaban a Rabirio y, en una mención más precisa, a la misma tripulación de los barcos⁵⁰. La información viajó a Roma, de manera que estos rumores o habladurías (*sermones*) estaban en todas las bocas, según Cicerón. Esta referencia sirve para indicar que los rumores viajaban no sólo en el es-

⁴⁶ Cic., Att. IV, 1, 4 ; V, 5, 1. Cic., Fam. VIII, 1, 4 (Celio le manda rumores desde Roma).

⁴⁷ Cic., Att. IV, 1, 4 : “nunc etsi omnia aut scripta esse a tuis arbitror aut etiam nuntiis ac rumore perlata”.

⁴⁸ Cic., Att. VIII, 1,2; VIII, 11b.

⁴⁹ Cf. e.g. Cic., Att. VII, 8, 5. Cf. estudio de este fenómeno en G.E. Dunkel, “Remarks on code-switching in Cicero's Letters to Atticus”, MH 57, 2000, 122-29.

⁵⁰ Cic., Rab. Post. 40.

pacio, sino también en el tiempo: el rumor sobre Rabirio perduró al menos durante ese verano.

Después de que Delos se convirtiera en un puerto franco en 166 a.C., Puteoli se transformó en el puerto principal de Roma hasta por lo menos el siglo III d.C., tomando preeminencia frente a Nápoles debido a su cercanía a la vía Apia en Cumas⁵¹. Asimismo, estaba situada en la bahía de Nápoles, la zona italiana donde la élite romana poseía villas desde finales del siglo II a.C.⁵². Cicerón llamaba a Puteoli *illa pusilla Roma*, esa pequeña Roma, debido a la cantidad de miembros de la élite que se podían encontrar allí⁵³. Esta dualidad de Puteoli sugiere dos cosas: que los rumores provenientes de fuera de las fronteras italianas entraban a través del puerto y que la presencia de romanos de la élite en las cercanías conllevaba que estas habladurías viajaban con las cartas que enviaban a sus familiares y amigos en Roma y con ellos mismos. Puteoli se convertía así en un núcleo de recepción y distribución de información. El 22 de abril de 55 a.C., Cicerón puso en conocimiento de Ático el rumor, *magnus*, que afirmaba que Gabinio había restaurado al rey Tolomeo en su trono, tras haber sido éste expulsado por una rebelión⁵⁴. A pesar de las noticias que debían llegar en los barcos provenientes de Alejandría, Cicerón no está convencido de su veracidad y pide a su amigo: "Si tienes al respecto una noticia más segura, me gustaría conocerla"⁵⁵.

En la carta anterior a la recién mencionada, Cicerón transmitió a Ático los rumores que corrían en Nápoles, a doce kilómetros de Puteoli, respecto a los supuestos vetos tribunicios al censo⁵⁶. La región de Campania en general, donde Cumas, Puteoli y Nápoles se hallan situadas, es una vez más señalada como centro de distribución de rumores.

Existe incluso constancia de rumores que se circunscriben a la zona que acabamos de mencionar y que no progresan hasta Roma; son rumores regionales. Se trata de un caso interesante ya que tradicionalmente se ha concebido la urbe como el epicentro de los rumores, que se expandirían hacia Italia y

⁵¹ Cf. M.W. Frederiksen, *Campania* (ed. with additions by N. Purcell), Rome 1984, 319-49.

⁵² J.H. D'Arms, *Romans on the Bay of Naples. A Social and Cultural Study of the Villas and Their Owners from 150 BC to AD 400*, Cambridge 1970, 15-78.

⁵³ Cic., Att. V, 2, 2.

⁵⁴ Cic., Att. IV, 10, 1.

⁵⁵ Cic., Att. IV, 10, 1: "si quid habes certius velim scire".

⁵⁶ Cic., Att. IV, 9, 1.

las provincias como en círculos concéntricos. En una carta a Cicerón, Celio pone en conocimiento de éste las últimas habladurías sobre la cuestión transpadana (mayo 51 a.C.⁵⁷). Incluso hoy en día resulta difícil destilar una visión clara de este tema a causa de los contradictorios testimonios antiguos. Los transpadanos poseían la ciudadanía latina y César deseaba concederles la ciudadanía romana (lo que fue llevado a cabo finalmente en 48 a.C.⁵⁸) para igualarlos con el otro grupo que formaba la Galia Cisalpina, los cispadanos, que la poseían desde 89 a.C. La opinión conservadora romana se enfureció cuando tuvo noticias de la fundación por César de la colonia romana de *Novum Comum* (Como); el cónsul Marcelo fustigó con varas a un miembro del Senado municipal de esta colonia, negándole así su condición de ciudadano romano⁵⁹. En mayo de 51 a.C., Cicerón atravesó esta región y escribió a Ático desde Trebulano; en su carta le señaló: “escribeme cuáles son los rumores sobre la situación política; ya que en las ciudades he visto un gran temor pero sin fundamento. Me gustaría saber tu opinión y la fecha⁶⁰”. El miedo que Cicerón detecta en las ciudades a su paso por Campania estaba probablemente provocado por los rumores de que César había ofrecido a los transpadanos la ciudadanía romana⁶¹. Hay que señalar la petición de la fecha del rumor, lo que implica su rápida mutabilidad.

En este contexto se sitúan los rumores que Celio comunica a Cicerón: “Aquellos rumores sobre los comicios de los transpadanos se mantuvieron calientes hasta Cumas; cuando llegué a Roma, no percibí la más mínima mención del tema⁶²”. ¿Por qué Celio menciona a Cumas como el límite hasta el que llegaron los rumores? Esto puede deberse a diversas razones: lo más

⁵⁷ Cic., Fam. VIII, 1, 2-3.

⁵⁸ Suet., DI. 8. J.H.C. Williams, *Beyond the Rubicon: Romans and Gauls in Republican Italy*, Oxford 2001, 100-40 señala que la concesión de la ciudadanía a los transpadanos implicaba la inclusión de la Galia Cisalpina dentro de Italia y de sus fronteras. En esta época la frontera norte fluctuaba y se discutía si debía ser colocada en los Apeninos o en los Alpes.

⁵⁹ Suet., DI. 28; Cic., Fam. VIII, 2, 2.

⁶⁰ Cic., Att. V, 3, 1: “qui de re publica rumores scribe, quae, in oppidis enim summum video timorem sed multa inania. quid de his cogites et quando scire velim”.

⁶¹ Budé señala que también el tema podría ser la prolongación del mandato de César en la Galia (y de ahí la petición sobre la fecha).

⁶² Cic., Fam. VIII, 1, 2: “nam et illi rumores de comitiis Transpadanorum Cumarum tenus caluerunt; Romam cum venissem, ne tenuissimam quidem auditionem de ea re accepi”.

probable es que algún senador que se encontrara residiendo por esa zona hubiera recibido una carta del entorno de César en Galia ya que, si hubiera provenido de los círculos *optimates*, esos rumores serían conocidos en Roma. Es probable que, al llegar a Roma, Celio los comentara con otras personas de sus círculos políticos, garantizando así su difusión.

Un grafito hallado en Terracina, a medio camino entre Roma y Campania, constituye otro ejemplo de transmisión de las noticias desde Roma. El texto expresa la alegría de su autor por el asesinato de Clodio⁶³. El mismo Cicerón, en su discurso a favor de Milón, comenta la rapidez con que las noticias del fallecimiento del tribuno se transmitieron al campo⁶⁴.

Durante el consulado de César (59 a.C.), Cicerón, desanimado por la situación política, llegó a retirarse a una de sus villas del campo. El 23 de abril le escribe a Ático una interesante carta, en la que opone las habladurías de la ciudad (inexistentes) a la franqueza del campo: "Me escribes que en Roma no se dice ni una palabra: ya lo pensaba. Pero por Hércules en el campo no se calla y los campos no pueden soportar más vuestra tiranía. Si en verdad vieras a este Telepylos de los Lestrígones (quiero decir, Formio): ¡qué murmullos de la gente! ¡qué ánimos indignados!, ¡cuánto odio hacia nuestro amigo Magno [Pompeyo]! Su nombre, de mismo que el de Craso "el rico" está perdiendo su significado⁶⁵".

Hay que puntualizar que no es cierto que en Roma no se hablara: Cicerón agradece a Ático la variedad de rumores/habladurías y opiniones (*varietas sermonum opinionumque*⁶⁶) que éste le transmite en sus cartas. De hecho, incluso, las habladurías y las conversaciones políticas cobraban fuerza frente a lo que Cicerón veía como la adversidad: "durante esta opresión, las conversaciones son más libres/francas que lo que eran antes, especialmente en los

⁶³ CIL I² 3109a: "Publi progenies, Appi cognomine Pulchri, / occubuit letum". Cf. H. Solin, "Caesar und P. Clodius Pulcher in Terracina", ZSS 43, 1981, 357-58; P. Cugusi, "La morte di Clodio", Paideia 55, 2000, 163-69.

⁶⁴ Cic., Mil. 98.

⁶⁵ Cic., Att. II, 13, 2: "Romae quod scribis sileri, ita putabam. at hercule in agris non siletur, nec iam ipsi agri regnum vestrum ferre possunt. si vero in hanc Têlepulon veneris Laistruviônem, Formias dico, qui fremitus hominum! quam irati animi! quanto in odio noster Magnus! cuius cognomen una cum Crassi Divitis cognomine consenescit".

⁶⁶ Cic., Att. II, 15, 1.

círculos y en las cenas⁶⁷”. Esta última afirmación, no sólo proporciona una de las pocas referencias conservadas a cenas con conversaciones políticas, sino que matiza ese supuesto silencio que Ático evocaba a principios de mes (o que tal vez progresaron las habladurías). Asimismo, hay que destacar que comúnmente en momentos de inestabilidad política o de crisis se incrementa la circulación de rumores, habladurías e ideas. Estos casos muestran cómo funcionan los mecanismos de transmisión geográfica de los rumores.

Se han conservado de la misma manera menciones sobre la circulación a larga distancia de los rumores, en este caso entre Roma y Asia. En época del juicio de Lucio Flaco (59 a.C.), gobernador de la provincia dos años antes, circulaba un rumor por Asia: “Primeramente el rumor que se ha difundido por toda Asia de que Gneo Pompeyo, como era enemigo encarnizado de Flaco, había presionado a Lelio, amigo íntimo de su padre, para que lo acusara ante los tribunales y que había puesto a su disposición toda su autoridad, su influencia, sus recursos y su poder con tal de llevar a buen fin aquel asunto⁶⁸”. El análisis de este texto nos permite considerar varias posibilidades sobre la naturaleza del rumor que Cicerón menciona. En primer lugar, puede tratarse de un rumor que corrió en Roma, y que Cicerón proyectó en Asia para dar la impresión de que los habitantes de la provincia apoyaban a Flaco. En segundo lugar, podía efectivamente tratarse de un rumor asiático, que Cicerón comentó en Roma. Este rumor podía haber tenido varios canales de circulación, como los miembros de la embajada provincial o, incluso, a través de los comerciantes romanos, que constituían un grupo numeroso en esa provincia⁶⁹. Una tercera posibilidad implicaría que ese rumor no existiera y que Cicerón lo inventara para influir en la opinión de los jueces. Cicerón presentaría la acusación contra Flaco como un ataque contra él mismo; en el año de su consulado, Flaco ayudó activamente a reprimir la conspiración de Catilina, resaltándose su participación en el puente Mulvio, la noche en que

⁶⁷ Cic., Att. II, 18, 2: “in oppressione sermo in circulis dumtaxat et in conviviis est liberior quam fuit”.

⁶⁸ Cic., Flacc. 14: “primum quod sermo est tota Asia dissipatus Cn. Pompeium, quod L. Flacco esset vehementer inimicus, contendisse a Laelio, paterno amico ac pernecessario, ut hunc hoc iudicio arcesseret, omnemque ei suam auctoritatem, gratiam, copias, opes ad hoc negotium conficiendum detulisse”. Traducción: Jesús Aspa Cereza.

⁶⁹ Sobre los negociatores en Asia, cf. J. Hatzfeld, *Les trafiquants italiens dans l’Orient hellénique*, Paris 1919.

se detuvo a los alóbroges y se descubrieron las cartas que precipitaron la detención y la represión de la conjura.

La mención a Pompeyo, bajo la cual tal vez podríamos ver a César, tendría sentido en este contexto. Cicerón emplea aquí un argumento típico de los tribunales romanos, es decir, incitar a la compasión a los jueces debido a que el acusado tiene que vérselas con un personaje poderoso. ¿Realmente existió tal rumor en Asia? Como no disponemos de más datos, resulta difícil pronunciarse; sin embargo, es posible que la solución provenga de la conjunción de varias de estas hipótesis. Cicerón está evidentemente usando el nombre de Pompeyo y la enumeración de sus poderes ("auctoritatem, gratiam, copias, opes") para predisponer al jurado a favor de Flaco. Al mismo tiempo, la provincia de Asia tenía conocimiento del juicio contra su antiguo gobernador, ya que las ciudades de Atenas, Lacedemonia y Marsella, junto a las provincias de Acaya, Tesalia y Beocia enviaron embajadores en su favor⁷⁰. Las ciudades de Acmonia, Dorilea, Temnos y Trales, en cambio, hicieron partícipes a los romanos de los agravios de Flaco durante el proceso⁷¹. Por lo tanto, es posible que el rumor fuera conocido en la provincia. Además, los acusadores disponían de tiempo para recoger testimonios en contra de Flaco, lo que habría contribuido a que el tema estuviera de actualidad, con lo que tanto en la provincia de Asia como en Roma se hablara de ello.

LAS HABLADURÍAS COMO INSTRUMENTO DE COHESIÓN Y CONTROL SOCIAL SOBRE UN INDIVIDUO: CICERÓN Y LOS BONI (49-46 A.C.)

Antropólogos como Gluckman conciben las habladurías como un medio de control social de un grupo e incluso de un grupo sobre un individuo. Las épocas de crisis son momentos claves para el estudio de este disciplinamiento.

⁷⁰ Cic., Flacc. 62-63.

⁷¹ Acmonia : Cic., Flacc. 34-38; Dorilea : Cic., Flacc. 39-41; Temnos : Cic., Flacc. 42-51; Trales : Cic., Flacc. 52-59. Sobre la disputa entre la ciudad de Trales y Flaco por el dinero del padre de éste, cf. D. Erkelenz, "Cicero, pro Flacco 55-59. Zur Finanzierung von Statthalterfesten in der Frühphase des Koinon von Asia", Chiron 29, 1999, 43-57. Sobre las extorsiones de Flaco, cf. Macrob., II, 1, 13; H. Zehnacker, "La terre et l'argent. (Cicéron, Pro Flacco, 42 - 50)", Revue des Etudes Latines, 1979, 165-86.

to social, ya que los individuos deben definir su posición respecto a un grupo, que puede ejercer presión para influir en su decisión. Esta coyuntura se encuentra frecuentemente en momentos de conflicto armado, en los que los políticos tenían que decantarse por uno de los dos bandos. En el caso que nos ocupa, la guerra civil entre Pompeyo y César, el posicionamiento fue incluso físico: la partida de Pompeyo de Italia frente al avance de César hizo que los senadores tuvieran que decidir entre quedarse en la península o partir⁷². Algunos senadores, como Cicerón, no tenían una posición tan definida, quedándose por el momento en Italia sin apoyar abiertamente, sin embargo, al partido cesariano. Su actitud dubitativa hará que César incluso le corteje para ganar su apoyo. No obstante, los *boni*, el círculo político al que pertenecía Cicerón, ejercerán presión sobre éste como un medio de mantener el control del grupo y el disciplinamiento social.

Entre el cuatro y el ocho de marzo del 49 a.C, tres cartas intercambiadas con Ático nos muestran sus dudas y, sobre todo, la presión de las habladurías (*sermones*) de los *optimates* con respecto a sus decisiones o, mejor dicho, indecisiones políticas⁷³. En la primera carta, Cicerón recibe noticias de dichos rumores a través de Filotimo, liberto de confianza de su esposa Terencia: “Me ha dicho que los *optimates* me están despellejando⁷⁴”. Acto seguido, Cicerón les critica por correr ahora hacia César. Sin embargo, él teme estos rumores y habladurías, canalizados a través de su liberto: expresivamente, emplea la homérica frase *aideomai Trôas*, “temo a los troyanos”, como manera de expresar su miedo a la opinión de ese grupo⁷⁵. En este caso, la fuente de Cicerón era bastante fiable, ya que el liberto Filotimo era un pompeyano declarado, aunque más tarde, en el año 47, se encontrara en el cuartel general de César⁷⁶. Es de suponer que, de una manera o de otra, Filotimo tenía acceso indirecto a los círculos pompeyanos. Hay que señalar que los mismos roma-

⁷² DC., XLI, 6, 5-6.

⁷³ Cic., Att. VIII, 16; IX, 1, 3; IX, 2b; Plut., Caes. 33, 5.

⁷⁴ Cic., Att. VIII, 16, 1: “is enim me ab optimatibus ait conscindi”.

⁷⁵ Il. XXII, 105 (Héctor, acorralado en la batalla final contra Aquiles, afirma que no puede volver a la ciudad y soportar los reproches y habladurías de sus conciudadanos). Esta frase, en el sentido de temor a la opinión pública, había sido ya empleada en Cic., Att. II, 5.

⁷⁶ Pompeyano: Cic., Att. X, 9, 1. En el cuartel de César: Cic., Att. XI, 23, 2; XI, 24, 4.

nos eran conscientes de que la reputación de un miembro de la élite era transmitida en gran parte por los comentarios de sus esclavos y libertos⁷⁷.

En otra carta del seis de marzo, Cicerón relata a Ático que se habla mal de él en las cenas, suponemos que por parte del grupo de los *optimates*⁷⁸. Dos días después, Cicerón continúa aparentemente obsesionado con esta cuestión: los informes del liberto parecen no serle suficientes, con lo que ruega a Ático que le transmita lo que dicen los *boni* de él, aunque señala que no podrá soportar sus habladurías, sus *sermones*⁷⁹. Cicerón, a pesar de sus feroces críticas a los *optimates*, a los cuales acusa de correr hacia César y quedarse en Roma⁸⁰, se siente profundamente afectado hasta el punto de pedir noticias por dos medios diferentes, el liberto de Terencia y Ático.

Cicerón participó de estas presiones y de su incómoda posición a varias personas. Los primeros días de mayo del 49 escribió a su amigo Celio: “En efecto no te he escondido las habladurías de Tito Ampio; ya has visto cómo me disgustaba dejar Roma una vez de haberlas oído⁸¹”. El personaje que criticó a Cicerón, Tito Ampio, había sido pretor en el 59, el año del consulado de César. Se trataba de un acérrimo pompeyano, hasta tal punto que los cesarianos lo apodaron “*tuba belli civilis*”, la trompeta de la guerra civil⁸². Las críticas de Ampio respecto a Cicerón continuaban la presión de los *boni* sobre éste para que se uniera de forma inequívoca a los pompeyanos en lugar de situarse en una posición intermedia.

Finalmente, las coacciones de los *boni* cobrarán sus frutos: ese mismo año Cicerón decide abandonar Italia y unirse al ejército de Pompeyo. Sin embargo, la experiencia no será exitosa. Tras haber sido derrotado, y desencantado con la causa pompeyana (especialmente con sus líderes), Cicerón retorna a Italia en octubre del 48 y se dispone a pedir el perdón a César. Ático, que se había quedado en la urbe, será su gran valedor frente al nuevo poder romano. En una carta de marzo del 47, Cicerón responde a la pregunta de su amigo: ¿qué explicación le vas a ofrecer a César de tu partida de Italia? La respuesta es reveladora y muy clara: *non potuisse, cum cupissem, sermones hominum*

⁷⁷ Com. Pet. 17; 49; Cic., QF. I, 1, 17.

⁷⁸ Cic., Att. IX, 1, 3.

⁷⁹ Cic., Att. IX, 2b, 3.

⁸⁰ Cic., Att. IX, 1, 2.

⁸¹ Cic., Fam. II, 16, 3: “Non enim te celavi sermonem T. Ampii; vidisti quam abhorrerem ab Urbe relinquenda, cum audissem”.

⁸² Cic., Fam. VI, 12, 3.

sustinere, “no podía soportar, aunque hubiera querido, las habladurías de la gente⁸³”. No se trataba de una excusa. Como hemos visto, tras esa mención a los *homines* se esconde el grupo de los *boni*. Cicerón añade que él le había señalado a menudo esta situación por carta a César y que incluso había encargado a mucha gente que se lo hiciera saber. Esta explicación descargaba a Cicerón de parte de la culpa: lo presentaba como una persona de carácter débil frente a las habladurías. Sin embargo, esta frase pone en relieve el éxito del control de grupo de los *boni*, ya que Cicerón no vio otra salida que plegarse a las habladurías. Asimismo hay que resaltar que Cicerón pensaba que César iba a considerar esta explicación como válida, lo que implica que el ya dictador comprendería perfectamente la presión dentro de un grupo.

Las presiones de los *boni* con el objetivo de mantener el control del grupo no se extinguieron con la derrota del bando pompeyano. En el 46 a.C., el joven Cicerón hizo partícipe a su padre de su deseo de partir al campamento de César en Hispania, tal y como había hecho ya su primo, el hijo de Quinto. Cicerón intentó por todos los medios evitar que su hijo llevara a cabo sus deseos. Entre otras razones, como la superioridad de su primo en el campo cesariano, Cicerón admite que teme no las habladurías, sino la *vituperario*, los reproches, la censura. E incluso escribe a Ático dos ejemplos de esos supuestos reproches, cuyo tono indica su proveniencia: “¿No nos ha bastado con abandonar las armas? ¿y además pasarse a los enemigos⁸⁴?”. Se trata de nuevo de los *boni*, que pretenden mantener la cohesión de grupo en los momentos en que los últimos pompeyanos, dirigidos por el hijo mayor de Pompeyo, presentaban batalla en Hispania.

Las críticas hacia Cicerón eran más duras cuanto éste había expresado recientemente reproches similares a Sulpicio Rufo por el comportamiento de su hijo. Servio Sulpicio Rufo, jurista de renombre, siguió una línea de conducta durante la guerra civil similar a la de Cicerón, pero facilitada por el hecho de que él no poseía una magistratura ni lictores. Optó por el bando pompeyano, al que abandonó. Consiguió el perdón de César en el 46 a.C. y fue nombrado gobernador de Acaya. Cicerón criticó abiertamente que Sulpicio Rufo enviara a su hijo a servir junto a las fuerzas de César. Cuando su propio vástago quiso luchar en ese bando, Cicerón fue consciente de que esa vez no circula-

⁸³ Cic., Att. XI, 12, 1.

⁸⁴ Cic., Att. XII, 7, 1: “non satis esse si haec arma reliquissimus? etiam contraria?”.

rían simples habladurías (*sermones*), sino reproches (*vituperationes*). El control de grupo es ejercido incluso por los mismos miembros que lo sufren, como este caso demuestra.

El estudio de la circulación de los rumores y de su alcance geográfico nos ha permitido plantearnos la hipótesis siguiente: ¿se preocupaban los habitantes de Italia de los rumores y de las noticias provenientes de la ciudad de Roma? Esta pregunta implica asimismo la cohesión política del territorio. No resulta sencillo dar una respuesta a esta hipótesis. Por ejemplo, el lazo de unión entre Puteoli y Roma está bien asegurado, tal vez porque numerosos comerciantes romanos poseían negocios en el puerto. El resto de los rumores viajan en la región de Campania, donde la élite romana poseía sus villas. En el 51 a.C. Cicerón afirma que ha visto un gran temor en los *oppida*⁸⁵: sin embargo, no especifica si ese miedo proviene de los habitantes de esos pueblos o de las élites municipales. Hemos visto también que, durante la buena parte del consulado de César que Cicerón pasó fuera de Roma, éste comentará la impresión que las noticias provenientes de la urbe tenían sobre Campania: "en el campo (*in agris*) no se calla"⁸⁶, llega a afirmar a Ático. Nos encontramos de nuevo con la imprecisión ciceroniana sobre los emisores de tales comentarios. Unos meses después habla de los "murmulllos de Italia". Es posible que en momentos pacíficos fueran sólo las élites municipales las que mostraran un cierto interés por la política romana; se trata del grupo social con el que Cicerón era probable que mantuviera relaciones. En época de crisis, como durante una guerra civil, los habitantes de las ciudades italianas prestarían también atención a esos rumores sobre la situación en Roma, ya que podían significar el paso o no de un ejército por el lugar.

El análisis llevado a cabo con las fuentes nos ha permitido comprobar que las teorías antropológicas de Gluckman y Paine tienen capacidad explicativa con respecto a la Roma republicana. Las habladurías no son una cháchara frívola e inútil, sino que sirven, entre otras cosas, para controlar a los miembros del grupo y para mantener la cohesión de éste. Cuando Cicerón reclamaba a Ático noticias sobre qué decían de él los *optimates*, no lo hacía por un simple interés. Estaba siendo desautorizado, a través de las habladurías, por los miembros de su propio grupo. Intentó defenderse acusándoles de colaboración con César, pero fue en vano: "temo a los troyanos", temo a la

⁸⁵ Cic., Att. V, 3, 1: "in oppidis enim summum video timorem".

⁸⁶ Cic., Att. II, 13, 2: "in agris non siletur".

opinión pública y a lo que dirán de mí, afirmó. Ese miedo es natural en el seno de una élite política como la romana, y más en el caso de Cicerón que, como *homo novus*, no tenía ningún ancestro prestigioso con el que contar; sólo su propia *fama*, sus propias acciones, contaban a la hora de realzar su prestigio. Las habladurías, y más provenientes de miembros de su propio círculo político, le desacreditaban frente a la población o, al menos, frente al resto de los senadores. Este estudio ha demostrado que la presión que los miembros de un grupo ejercían sobre otros componentes del mismo a través de las habladurías podía influir en las decisiones personales y de carácter político. No se trata sólo de un elemento accesorio sino de un medio eficaz de mantener la cohesión e incluso el control dentro de un grupo, especialmente en momentos de crisis.

Resumen:

Este artículo analiza la naturaleza y extensión de los rumores y habladurías. Éstos permiten calibrar el grado de interés de las ciudades italianas y las provincias en la política romana. Siguiendo teorías antropológicas, queremos demostrar que las habladurías conformaban un importante aparato de control del individuo por los miembros de un grupo durante la República romana, especialmente en momentos de crisis, como muestra el caso de Cicerón y la guerra civil del 49-45 a.C.

Abstract:

This article analyses the nature and extension of rumours and gossip, which allow gauging the degree of interest of Italian cities and provinces in Roman politics. Following anthropological theories, this article shall demonstrate that gossip constituted a key control device of the individual by the members of a group during the late Republic; this occurred especially in moments of crisis, such as the case of Cicero and the Civil War (49-45 BC) shows.